

maravillas, no las atribuye al poder del hombre sino al de los genios ó potestades sobrenaturales. Cuando se considera que algunos de aquellos pedazos de granito labrado tienen hasta cincuenta y seis pies de longitud sobre quince ó diez y seis de anchura, y un espesor desconocido, y que aquellas enormes moles están elevadas unas sobre otras á veinte ó treinta pies del suelo, que se han sacado de canteras lejanas, que ha habido que acarrearlas allí y levantarlas a tanta elevacion para formar el pavimento de los templos, la imaginacion se espanta de semejante prueba de las fuerzas humanas; la ciencia de nuestros dias no tiene nada que la explique, y no hay que admirarse de que se tenga que recurrir entonces a lo sobrenatural. Estas maravillas no son evidentemente contemporáneas de los templos, y eran un misterio para los antiguos como para nosotros; pertenecen á una época desconocida, a una época antediluviana tal vez; verosimilmente han sostenido muchos templos consagrados a cultos sucesivos y diversos. A la simple vista, se reconocen cinco ó seis generaciones de monumentos, pertenecientes a diversas épocas, en la colina de las ruinas de Balbek. Algunos viajeros y algunos escritores árabes, atribuyen estas construcciones primitivas a Salomon, tres mil años antes de nuestra edad, y dicen que construyó en el desierto a Tadmor y a Balbek. La historia de Salomon exalta la imaginacion de los orientales,

pero esta suposicion, á lo menos en lo tocante a las gigantescas construcciones de Heliópolis, no es nada verosimil.

¿Cómo un rey de Israel, que no poseía ni un puerto de mar á diez leguas de sus montañas, que tenia de valerse de la marina de Hiram, rey de Tiro, para traerle los cedros del Líbano, hubiera podido dilatar su dominio mas allá de Damasco y hasta Balbek? ¿Cómo un príncipe, que queriendo erigir el templo de los templos, la casa del Dios único en su capital, no empleó en ella mas que materiales frágiles y que no pudieron resistir al tiempo, ni dejar ningun vestigio duradero, hubiera podido erigir, á cien leguas de su pueblo, en desiertos desconocidos, monumentos contruidos con materiales imperecederos? ¿no hubiera empleado mas bien su fuerza y su riqueza en Jerusalem? ¿y qué queda en Jerusalem por donde pueda rastrearse la existencia de monumentos semejantes á los de Balbek? Nada: — luego no pueden ser obra de Salomon; mas bien me inclino á creer que aquellas gigantescas piedras fueron removidas, ya por aquellas primeras razas de hombres que todas las historias primitivas llaman gigantes, ya por los hombres antediluvianos. Se asegura que, no lejos de allí, en un valle del anti-Líbano, se descubren huesos humanos de un tamaño inmenso, y esta voz tiene tanta consistencia entre los árabes vecinos, que el cónsul gene-

ral de Iglaterra en Siria, M. Farren, hombre de alta instruccion, se propone ir muy pronto á visitar aquellas misteriosas sepulturas. Las tradiciones orientales, y aun el mismo monumento erigido sobre la supuesta sepultura de Noé, á corta distancia de Balbek, signan esta residencia al patriarca. Los primeros hombres salidos de ella pudieron conservar mucho tiempo todavía la estatura y las fuerzas que tenia la humanidad antes de la submersion total ó parcial del globo, y es posible que estos monumentos sean obra suya. Aun suponiendo que la raza humana nunca haya pasado de sus actuales proporciones, las proporciones de la inteligencia humana pueden haber cambiado; ¿quién nos dice que aquella inteligencia mas jóven no habia investido procedimientos mecánicos mas perfectos para remover, como un grano de arena, aquellas moles que un ejército de mil hombres no removeria hoy? Como quiera que sea, algunas de aquellas piedras de Balbek, que tienen hasta sesenta y dos piés de longitud y veinte de anchura sobre quince de densidad, son las mas prodigiosas moles que la humanidad ha puesto jamas en movimiento. Las mayores piedras de las pirámides de Egipto no pasan de diez y ocho piés, y no son mas que pedazos escepcionales colocados para un fin de solidez especial en ciertas partes de aquellas construcciones.

Torciendo el ángulo norte de la plataforma,

las paredes que la sostienen están igualmente bien conservadas, pero la masa de los materiales que la componen es menos asombrosa, á pesar de que las piedras tienen en general de veinte á treinta piés de longitud sobre ocho ó diez de anchura. Esas paredes, mucho mas antiguas que los templos superiores, están cubiertas de una tinta gris y presentan de trecho en trecho algunos agujeros en sus ángulos de juntura: aquellos boquetes están llenos de nidos de golondrinas y dejan pender ramilletes de arbustos y de flores parietarias. El color grave y sombrío de las piedras de la base contrasta con la tinta espléndida y dorada de las paredes de los templos y de las hileras de columnas de la cima. Al ponerse el sol, cuando sus rayos se deslizan entre los pilares y chorrean en ondas de fuego entre las volutas y los acantos de los capiteles, los templos resplandecen como oro puro sobre un pedestal de bronce. Bajamos por una brecha formada en el ángulo sud de la plataforma, donde han rodado algunas columnas del pequeño templo, con su arquitrave, al torrente que corre a lo largo de las tapias ciclopeas. Aquellos enormes fragmentos de columnas, agrupados a la casualidad en el cauce del torrente, y en la rápida pendiente del foso, se han quedado y se quedarán sin duda eternamente donde se encuentran; algunos nogales y otros árboles han germinado entre aquellas piedras, las cubren con sus ramas y las

ciñen con sus anchas raices. Los árboles mas gigantescos parecen juncos de ayer al lado aquellos troncos de columnas de veinte pies de circunferencia y de aquellos pedazos de acanto de los cuales uno solo cubre la mitad del torrente. No lejos de allí, por el lado del norte, abriase delante de nosotros una inmensa boca en las laderas de la plataforma; bajamos a ella.

La luz exterior que penetraba en su centro por las dos estremidades la iluminaba suficientemente; seguámosla en toda su longitud de quinientos pies, pues circula por toda la estension de los templos; tiene unos treinta pies de elevacion, y las paredes y la bóveda están formadas con piedras cuya mole nos admiró, aun despues de las que acabábamos de contemplar. Aquellos pedazos de piedra de silleria labrada a cincel, tienen tamaños desiguales, pero casi todos varian de diez a veinte pies de longitud; la bóveda es circular, y las piedras están unidas sin argamaza:—no pudimos adivinar el destino de aquel recinto. En la estremidad occidental, aquella bóveda tiene un ramal mas elevado y vasto todavía, que se prolonga bajo la plataforma de los pequeños templos que visitamos los primeros; allí volvimos á hallar mucha luz, el torrente girando entre innumerables pedazos de arquitectura desmoronados de las alturas, y hermosos nogales alzándose en el polvo de aquellos mármoles. Los otros edificios antiguos de Bal-

bek, diseminados delante de nosotros en el llano, atraian nuestras miradas, pero nada bastaba a interesarnos despues de lo que acabábamos de recorrer. Echamos al paso una ojeada superficial sobre cuatro templos que todavía serian maravillas en Roma y que aquí parecen obras de enanos. Aquellos templos, unos de forma octógona y con muy elegantes ornatos, otros de forma caudrada con peristilos de columnas de granito egipcio y aun de columnas de pórfido, me parecen de época romana. Uno de ellos sirvió de iglesia en los primeros tiempos del cristianismo; todavía se distinguen en él símbolos cristianos. Actualmente está descubierto y arruinado; los árabes le van despojando a medida que necesitan una piedra para sostener su techo ó un pilon para abreviar sus camellos.

Un mensajero del emir de Balbek nos andaba buscando y nos encontró allí: venia de parte del príncipe á darnos la bienvenida y a suplicarnos que asistiésemos a una carrera de djerid, especie de torneo, que daría en nuestro obsequio al día siguiente por la mañana en la llanura situada al pie de los templos. Dímosle las gracias y aceptamos; luego envié a mi dragoman, acompañado por algunos de mis genízaros, a hacer de mi parte una visita al emir. Volvimos a casa del obispo a descansar de nuestra escursion, pero apenas habíamos comido

un pedazo de torta y el carnero con arroz preparado para nuestros camelleros, cuando ya todos andábamos vagando sin guía y a la ventura al rededor del monte de las ruinas, ó en los templos cuyo camino habíamos aprendido por la mañana. Cada uno de nosotros se fijaba en las ruinas ó en el punto de vista que acababa de descubrir, y llamaba de lejos a sus compañeros para que fuesen a disfrutarle, pero no podía uno arrancarse de un objeto sin perder otro también interesante, y así acabamos por abandonarnos, cada cual por su lado, a la ventura de nuestros descubrimientos. Las sombras de la tarde, que descendían lentamente de las montañas de Balbek é iban sepultando una a una las columnas y las ruinas en su oscuridad, añadan un misterio más, y efectos más pintorescos, a aquella obra mágica y misteriosa del hombre y del tiempo; allí conocíamos lo que somos, comparados a la grandeza y a la eternidad de aquellos monumentos,—pobres golondrinas que se anidan por una estación en las grietas de aquellas piedras, sin saber para quien y por quien han sido reunidas. Las ideas que han removido aquellas moles, que han acumulado aquellas piedras, nos son desconocidas; el polvo de mármol que pisamos sabe más que nosotros, pero no puede decirnos nada, y dentro de algunos siglos, las generaciones que visiten a su vez las ruinas de nuestros monumentos de hoy, se pre-

guntarán igualmente, sin poder responderse, porque hemos labrado y esculpido.

Las obras del hombre duran más que su pensamiento; el movimiento es la ley del espíritu humano; lo definitivo es el sueño de su orgullo ó de su ignorancia; Dios es un fin que se va alejando a medida que la humanidad se acerca a él; siempre avanzamos y nunca llegamos; la gran figura divina, que el hombre procura desde su infancia fijar definitivamente en su imaginación y encerrar en sus templos, se ensancha, se agranda siempre, escapa a los pensamientos estrechos y a los templos limitados, y deja vacíos los templos y desmoronarse los altares, para llamar al hombre a buscarla y verla donde se manifiesta cada vez más, en el pensamiento, en la inteligencia, en la virtud, en la naturaleza y en lo infinito!

La misma fecha, al anochecer.

¡Feliz el que tiene alas para alzarse y volar sobre los siglos transcurridos, para posarse sin vértigos sobre esos maravillosos monumentos de los hombres, para sondear desde esa altura los abismos del pensamiento, del destino humano; para medir con la vista el camino de la inteligencia humana, caminando paso á paso en esa media luz de las filosofías, de las religiones, de las legislaciones sucesivas;

para orientarse, como el navegante, en unos mares sin orillas visibles, y adivinar en qué punto de los tiempos vive y á qué manifestacion de verdad y de divinidad llama Dios á la generacion de que forma parte!

Balbeck, 29 de Marzo, á media noche.

Ayer fuí solo á la colina de los templos, á la luz de la luna, á pensar, llorar y hacer oracion. Dios sabe lo que lloro y lo que lloraré mientras me queden un recuerdo y una lágrima. Despues de haber rogado por mí y por los que forman parte de mí, he rogado por todos los hombres. Aquella gran tienda derribada de la humanidad, sobre cuyas ruinas estaba sentado, me inspiró sentimientos tan enérgicos y ardientes, que casi espontáneamente se ecshalaron en versos, lenguaje natural de mi pensamiento, siempre que mi pensamiento me domina.

Esta mañana los escribí en el sitio mismo y en la piedra donde los sentí anoche:

VERSOS

ESCRITOS EN BALBEK.

Desiertos misteriosos,
 Cuyas anchas colinas son los huesos
 De pueblos, cuyo nombre ha perecido;
 Colosales peñones
 Que ha arrastrado el torrente de las ruinas;
 De un pueblo, inmenso cause desecado;
 Templos que, como un árbol, las montañas
 Desarraigado habeis, para que fueran
 Vuestros firmes cimientos;
 Timas donde cabrian
 Rios enteros; altas columnatas
 Esparcidas sin orden por el suelo;
 Profundas calles de arcos y pilares
 Donde como el seno de las nubes,
 Se pierde la luz clara de la luna;
 Capiteles que ofuscan mis miradas;
 Inmensos caracteres estampados
 Del globo en la corteza,
 Solo para tocaros con la mano,
 Solo para sondar vuestros misterios,
 Un viagero ha venido de Occidente!